

ATENEEO BARCELONÉS

PRECISIONES SOBRE EL TEMA
DE LA ANGUSTIA UNIVERSAL.
LA RECUPERACION DEL ESPIRITU

Discurso pronunciado el día 1 de diciembre de 1953, en el
acto académico de inauguración del Curso, por el Presidente

Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBÍ



Curso de 1953-1954

N.º 72511

Arm. 215

Est. ✓

157 (04) Gua ©

MINISTERIO
DE CULTURA



ATENEO BARCELONÉS

PRECISIONES SOBRE EL TEMA
DE LA ANGUSTIA UNIVERSAL.
LA RECUPERACION DEL ESPIRITU

Discurso pronunciado el día 1 de diciembre de 1953, en el
acto académico de inauguración del Curso, por el Presidente

Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBÍ



Curso de 1953-1954

ATENCION VANDERBILT

LIBRO DE...
...
...

MINISTERIO
DE CULTURA



R. 72511

Señor Ministro, señor Director General, autoridades, señoras y señores:

Cuando anunciamos este acto, le ponemos un adjetivo: «solemne». Y no es hipérbole, no es exageración, porque la inauguración del Curso de esta Casa tiene siempre una prestancia, una categoría, un cierto empaque; pero me parece que el adjetivo esta vez se queda corto, porque con la presencia, por nosotros tan estimada, del señor Ministro y del señor Director General, la habitual de nuestras autoridades provinciales y locales y este marco brillantísimo que le dais vosotros, los ateneístas y los invitados, dan hoy al acto un gran relieve. Habría que acentuar el adjetivo, habría que decir: la *solemnísima* sesión inaugural de este concurso.

La Junta agradece a todos, a cada uno en su esfera y su lugar, este realce que dan al acto; de una manera especial hemos de agradecer al señor Ministro su asistencia, puesto que sabemos lo que representa el desplazamiento de las autoridades sobre las cuales pesa trabajo tan abrumador, que cuando se ausentan no es que el trabajo se haga por sí solo, les aguarda implacable para tener que realizarlo después con agobio, con apremio. Una ausencia representa así una extorsión y ha de agradecerla aquel por quien se hace. Pero para nosotros vale aun más la presencia de las autoridades del Ministerio, porque nos parece, a la Junta, que esto significa la rúbrica del apoyo moral que viene a completar el apoyo efficacísimo material que el Ministerio de Información presta al Ateneo de Barcelona. Si el apoyo material es para nosotros el medio que nos permite realizar nuestras actividades, este apoyo moral, reforzado hoy con la presencia de las autoridades del Ministerio, significa el estímulo para que la Junta realice con mayor entusiasmo y vitalidad, si cabe, la función que le está encomendada.

Soy de opinión que el tema de este discurso reglamentario, de este discurso académico, que ha de desarrollar el Presidente en este acto, debe versar sobre materia que atraiga el mayor interés del público, la mayor cantidad de atención pública, por lo que no puede

Actualidad
del tema
de la angustia

recaer sobre un tema demasiado específico, concreto, relativo a cualquier materia científica, ni sobre particularidades de la investigación filológica, literaria o histórica. Esto queda mejor para las conferencias que, en grupos o ciclos, se van a desarrollar después y que yo espero que en este curso tendrán la altura y el interés que corresponde al bien ganado prestigio de esta Casa. Así es que, consecuente con esta opinión, he escogido el tema de la angustia universal.

Que este tema es actual lo demuestran varios hechos. Porque se cree que hay una depresión de ánimo que se hace general y permanente y que es necesario estudiar y analizar, la Escuela de Periodismo de Barcelona, tan atenta y vigilante siempre a los problemas actuales, hizo del tema de la angustia objeto de uno de esos tan sonados coloquios, que tuvo lugar precisamente en este mismo salón. La octava de las «rencontres internationales» de Ginebra, que tienen ya un prestigio por la altura mental de las personas que a ellas concurren, en la correspondiente a este año, sólo trató de este tema: «la Angustia». Y dos años antes, en otra «rencontre», pero esta se llamó «doctrinale», en el convento de la Sartre, en Huy, Francia, con la presencia del Cardenal Arzobispo de París, Suhard, y personalidades eminentes de la Iglesia, como el Canónigo Dondeyne, también en todas las materias tratadas, de una manera expresa, manifiesta o de una manera simplemente latente, en la superficie o en el fondo, el problema de la angustia aparecía en todas las deliberaciones de aquella «Rencontre». Así mismo, el problema de la angustia llena las páginas de toda clase de revistas y salta a las columnas de la prensa diaria para indicarnos que es un problema que, si priva singularmente sobre los medios intelectuales, preocupa a los hombres que cultivan la inteligencia, es porque se piensa que constituye hoy un fenómeno social, un fenómeno de masa, tiene un carácter universal.

Así pues es interesante que busquemos por qué causas se produce esta situación de angustia, cómo se define, qué forma reviste, los efectos que produce y si hay posibilidad de corrección. Sobre esto se ha escrito, se escribe y se escribirá seguramente mucho; yo no voy a hacer en esta conferencia más que un ligero apunte sobre cada uno de estos puntos; tratarlos en esquema. Antes de entrar en materia quiero decir que voy a hablar de la angustia, no para sumarme al coro de los que con acento dramático están esparciendo una corriente de pesimismo enervante a propósito del tema, más bien voy a esforzarme en deslindar en lo posible donde hay una angustia o problemas de angustia real y donde unas angustias figuradas. También para ver hasta qué punto está justificada esa preferente atención de la filosofía contemporánea, que toma el tema de la angustia, se recrea en él y que yo creo que con ello está creando un estado de angustia, de histerismo colectivo, muy grave, de peores consecuencias que las mismas angustias reales que podemos estar sufriendo.

La angustia es una dolencia del espíritu, porque es un malestar, que se manifiesta en inquietud profunda, en la zozobra, en el desasosiego que rompe el equilibrio y la normalidad de nuestra vida, porque enturbia nuestras satisfacciones, sofoca o ahoga los placeres que esperamos en el vivir e incluso nubla nuestra inteligencia, porque frena o cohibe en absoluto nuestra voluntad. Es decir, la angustia es realmente algo que realmente entra en el campo de la patología.

Pero en la nota introductiva de la «rencontre» internacional de Ginebra, a que me he referido antes, apenas si se hablaba de la angustia. Allí se hablaba más de *miedo*. Es decir, redactada en francés, la palabra *angoisse* era sustituida por esta otra: *la peur*. Miedo. Ya sé yo que los filósofos especulan abundantemente sobre que miedo y angustia son una misma cosa. Sin embargo, yo creo que cabe una precisa distinción. La angustia es un estado del espíritu más difuso y permanente; es un desánimo, un desaliento. El miedo es algo más súbito y circunstancial, que se produce por temor a algo concreto y específico; motivo que puede ser real o figurado. Tenemos miedo a los ladrones, pero también tenemos miedo a los fantasmas. El miedo es realmente una angustia, pero es una angustia violentamente exacerbada. Si he dicho que la angustia produce un desánimo, un desaliento, el miedo motiva dos reacciones completamente distintas, pero ambas extremas. El miedo por el terror paraliza completamente nuestra voluntad, nos inhibe, en una ausencia total de nuestras fuerzas para reaccionar a la defensiva contra el peligro que nos acecha; o por el contrario, provoca un estado de vesanía, una especie de locura circunstancial que hace que nos anticipemos al peligro, que incurramos en un daño mayor que aquél que tratábamos de evitar. Los muchos que se han suicidado por temor a la enfermedad o por el temor a la situación de ruina económica, con el suicidio ¿qué han hecho? Han anticipado un daño ya irreparable, ante peligros quizá supuestos, porque la enfermedad podía ser curada, la rehabilitación económica podía haber sido posible. En los pánicos colectivos ocurre lo mismo. Recuerdo que hallándome en Bilbao hace años, un domingo por la tarde, en un local cinematográfico algún chusco dió la voz de ¡fuego! No se sabe por qué, pero la gente, presa de pánico, se agolpó a las puertas y ventanas en un loco afán de salvarse; hubo 42 muertos y gran número de heridos. No había fuego, no había motivo alguno; sólo una explosión de terror infundado determinó un daño muy superior al que se podía prever en el caso de que el incendio hubiera sido real, auténtico.

En el orden económico y como cosa de nuestros días, cuando hubo el temor, que degeneró en pánico en algunos sectores, de una posible tercer guerra que podía venir a través del episodio de Corea, fueron muchas las familias que en varios países liquidaron precipitadamente sus bienes, realizaron malamente sus negocios, se des-

vincularon del hogar patrio y marcharon lejos a buscar refugio que creían más *seguro* (*seguro ¿dónde?*). Nada ha ocurrido de lo que temían, pero muchas de esas familias deambulan todavía de un lado a otro en situaciones inestables, algunas se situaron mal y otras han vuelto a reintegrarse a su patria en condiciones peores de las que abandonaron. Es decir, el miedo, el pánico, les ha causado un perjuicio social y económico positivos que no había motivo para que se hubiese producido de otra manera.

Si en la nota introductiva citada se hablaba del miedo y también hablamos reiteradamente de angustia, hemos de preguntar: Bien, pero en la situación actual ¿de qué se trata? ¿De estados de angustia o de estados de miedo? Y la respuesta es que hay una angustia difusa y también estamos pasando por miedos concretos, porque todos tenemos el miedo de una tercera Gran Guerra, el miedo de la bomba atómica, o de la bomba de hidrógeno y comienza ya a dibujarse un tercer miedo, la bomba de cobalto. ¡Angustia y miedo!

Los que especulan sobre estos temas del miedo y de la angustia nos dicen que no son estados de ánimo circunstanciales ni limitados a tal o cual grupo, estamento o categoría social, sino que alcanza a todos. Tampoco tiene una delimitación geográfica, en una comarca o región, en una nación, en un continente; no, la angustia y los estados de pánico actuales se tienen por universales. Sobre esta base vamos a considerar lo que hay de verdad en esto de la angustia y de los miedos.

Desde luego, la angustia es un estado, una condición inherente al ser humano y nos sigue en todos los procesos de nuestra vida. En la infancia tenemos los temores infantiles y las angustias por las impotencias de la primera edad; en la adolescencia parece que el optimismo de la juventud aparta un poco de tales estados del ánimo; sin embargo, se experimentan otras angustias propias de la vida y civilización de nuestros días, cuales son las de tener que situarse para ganar el sustento, constituir una familia y también angustias fisiológicas y anímicas en la entrada de la pubertad. Pero sobre todo cuando viene la edad madura, cuando vamos acumulando años y calculamos los menos que nos restan de vida, entonces la angustia se adueña de nosotros, nos oprime y nos cerca en una multiplicidad, en una complejidad de formas, varias en intensidad y en el modo. Pero la angustia no la forman solamente estos fenómenos individuales que siguen como inherentes al ser humano racional. Es también constante como fenómeno colectivo, y sino ¿por qué la encontramos expresada en la tragedia griega? ¿Por qué la vemos en las doctrinas de los epicúreos y los estoicos, que trataban de liberar a la humanidad de ella? Los epicúreos abandonándonos al placer; los estoicos, endureciendo al hombre para el dolor, fortaleciéndole para sobrepo-

nerse a la angustia. La angustia está asimismo en el idealismo de Platón y en la intuición cristiana del sentido de la vida. Finalmente aparece, latente o manifiesta, en los grandes interrogantes, siempre incontestados, de los sistemas filosóficos. La angustia es pues un problema permanente, una constante que pesa sobre el espíritu del hombre. Si es así, como un fenómeno general, también hay angustias circunstanciales, que se producen con una cierta vinculación a un período de tiempo. Cada momento histórico tiene su angustia y por consiguiente podemos considerar que en nuestros días hay una angustia como fenómeno social peculiar a las condiciones de nuestra vida. Podemos hablar, por tanto, de nuestra angustia, de la actual, de la presente.

En este sentido los hombres de hoy tenemos naturalmente nuestras propias angustias, que son de dos categorías. Las permanentes que he descrito antes, la angustia patológica, morbosa, un estado de depresión física motivado por causas diversas, como el temor a la muerte, el miedo de las guerras, que han sido siempre al azote de la humanidad, en todos los tiempos, temor a la peste, a las epidemias cuando se presentaban con una cierta rotación, y las motivadas por los fenómenos sísmicos u otros de la naturaleza en las comarcas amenazadas por ellos. Hay pues unas angustias siempre permanentes, que las sentimos ahora nosotros y que producen unos efectos físicos morbosos.

Hay, además, aquellas otras angustias a las que creo que se les puede llamar *coyunturales*, porque son de circunstancias de coyuntura. No hay que decir que al referirlas al momento presente, si las circunstancias o la coyuntura actual, hacen que lo económico predomine por encima de todo, nuestras angustias actuales serán, también por encima de todo, de carácter económico.

En efecto, las amas de casa que ahora me escuchan ¿no saben de las angustias causadas por la estrechez del presupuesto doméstico, sobre todo las de fin de mes cuando falta el dinero? Y los jefes de familia ¿no sufren la angustia, la contrariedad que les causa el que la mujer, cuando se aproxima el fin de mes, les diga que las disponibilidades no alcanzan? Estas angustias de la estrechez no son exclusivas de las clases menesterosas, de la clase obrera, ni siquiera de la tan sufrida clase media; es una insuficiencia relativa de medios económicos que alcanza a todos los presupuestos domésticos actualmente, a cada uno en su categoría y volumen, porque todos, salvo algunos estraperlistas afortunados, para los demás el desequilibrio económico de los presupuestos familiares parece ser un problema universal. Quizá porque hay el problema económico de la inflación, pues ¿no es angustia auténtica el creer que tenemos aprisionada en nuestras manos una riqueza y de pronto darnos cuenta de que se ha vo-

La angustia por motivos económicos y sociales

latilizado, que ha desaparecido por esa pérdida de valor de la moneda? ¿No es angustia, en los períodos de prosperidad, ver la carrera al alza de los precios que no podemos alcanzar nunca con el aumento de los medios y que, además, lo desmoraliza todo? Es también una angustia más comprensible, cuando viene el período inverso del ciclo, el período de la depresión y hay marasmo en el mercado; las tiendas están desiertas, se cierran fábricas y talleres, se multiplican las suspensiones de pagos y las quiebras. Una angustia económica superlativa de nuestro tiempo nace de la inseguridad en la ocupación, el paro obrero masivo, que se ha hecho tan generalizada, que ha constituido por sí sola un elemento bastante poderoso para hacer rectificar los principios de la economía y las normas de la política económica, ya que al amparo de las ideas de la ocupación plena y de los planes de seguridad social, ese temor, esa angustia del paro obrero masivo ha privado de tal modo al punto de producir aquellas modificaciones substanciales.

Bien, todas estas son las angustias económicas de nuestros días, pero ¿es que no las han sufrido otras generaciones? Si hablamos de las angustias de los presupuestos domésticos, había mucha más miseria años atrás, muchísimas más privaciones y desigualdad social y creo que en la actualidad tendríamos que hacer examen de conciencia para valorar exactamente si los desequilibrios de nuestros presupuestos domésticos actuales están realmente determinados por insuficiencia de medios para satisfacer las necesidades estrictas, las fundamentales, o es porque los aplicamos malamente, los hemos desequilibrado por el valor de preferencia que damos a lo superfluo. Porque la verdad es que no queremos privarnos de la entrada costosa del fútbol en los domingos, de la entrada costosa en los cines o los teatros, del gasto en los bares, etc... Hay por tanto una parte de inquietud y desasosiego que nos lo han traído las costumbres o nos la ha reportado nuestra propia debilidad de espíritu para dejarnos arrastrar por los malos hábitos de los demás.

Cuando hablamos de inflación hemos de recordar que desde que hay moneda el fenómeno inflatorio ha sido conocido. En cuanto a las altas y bajas del ciclo, encontramos que con aquella sabiduría de los textos sagrados, la conocida interpretación del sueño de las vacas gordas y de las vacas flacas constituye el primer esquema y descripción exacta del ciclo con sus períodos de prosperidad y de miseria o adversidad. En lo que respecta al paro forzoso se dirá que aquí si nos encontramos ante un fenómeno de nuestro tiempo. ¿Cuándo se pudo conocer, antes de ahora, el hecho de millones y millones de parados en los principales países y extendiéndose en proporción a los demás? Los que tal dicen o piensan no se enteran de lo que ha ocurrido por el mundo. No saben que el fenómeno del paro forzoso masivo se conoció en la Grecia antigua, porque por testimonios

de sus autores sabemos que los Estados griegos tuvieron que subvencionar ya a los parados que constituían una masa importante y peligrosa. Tampoco saben que a fines de la Edad Media los *truhan* y los *guess* constituían una masa considerable de parados. Y que en los albores de la edad moderna los *merry beggars* — los alegres mendicantes — que decían los ingleses, y los *general tourists* norteamericanos, constituían masas inmensas de parados que recorrían el país de norte a sur y motivaban una angustia, porque con las depredaciones que cometían era temida su presencia y había una angustia en ellos mismos, porque ese vivir a la ventura y en el desorden es siempre motivo de incertidumbre y de inestabilidad. No hay por tanto nada nuevo en el problema de la angustia.

Se dirá: sí, bien, pero ¿nos consuela el saber que otros padecieron de ese mal? El caso es que nosotros lo sufrimos y tenemos nuestras angustias y nuestros peculiares estados de malestar. Es la angustia de nuestro modo de vivir a que aludía antes, cuando la juventud tiene que pasar por las zozobras de la oposición, del concurso o cualquier forma de la lucha hoy feroz para situarse. Otra angustia del mismo ambiente y de la que no sé si nos damos toda exacta cuenta, es la de apreciar una desvinculación social progresiva, el que cada uno en su posición se siente mordido por la envidia de los de abajo, sabe de la deslealtad de los que le sirven, piensa que la calumnia le acecha y que sólo recogerá ingraticudes de los favores que haga, porque hay un relajamiento de las virtudes sociales, del sentido auténtico de la cohesión social, que amarga y entristece nuestro vivir. Todas estas angustias, pasajeras unas, constantes otras, forman una integral, la angustia de nuestra civilización y quizás es esta angustia la que nos da este desasosiego, el inconformismo, el malhumor, esa desgana que son las condiciones de nuestro tiempo, a las que no se les da toda la importancia que tienen, ignorando u olvidando que constituyen el fermento más virulento que provoca las guerras, las revoluciones y que da lugar a todos los trastornos sociales.

Pero, en fin de cuentas, estas son angustias relativas, los filósofos se fijan poco en ellas, nos hablan de otra angustia más trascendental, inmanente, metafísica y ética, que nos definen como la angustia del hombre cuando se enfrenta con sí mismo y se encuentra que no se conoce. Es decir, el hombre, que ha penetrado tantos secretos de la naturaleza, que ha aclarado tantos misterios, cuando se examina a sí mismo, se encuentra con los grandes enigmas que tenemos planteados e irresueltos sobre nuestra naturaleza espiritual; no puede, en manera alguna, desentrañar ese misterio que es el complejo de nuestro espíritu. Es el vértigo, que está en las consideraciones de Pascal; es el que constituye el nervio de los análisis de Kierkegaard, que es el verdadero padre del existencialismo y se encuentra en

La angustia
filosófica. El
existencialismo

las dos ramas de esta doctrina, en la católica de Marcel y en la atea de Sartre y sus discípulos y de los cuales quizá es Kafka el mejor expositor. Estos creen que esta angustia es un mal peculiar de nuestro siglo, puesto que se reviste de una acuidad y de una coloración tan particulares que tiene caracteres suficientes para atribuirle la condición de función específica de nuestro tiempo. El psicoanálisis también concede papel importante a la angustia, que explica como un conflicto, una ruptura en la relación del yo consciente y las tendencias y los medios que nos influyen e impresionan con sensaciones indeterminadas. Para Calogero es la ansiedad del espíritu, las dificultades de nuestra conciencia en la vacilación frente a la elección que hay que hacer, en los momentos de la opción, que son casi los de toda nuestra vida.

Los filósofos nos hablan largamente de esta angustia. Pero, ¿es ésta la angustia universal, la inquietud que todos sentimos? A mí me parece que no; el hombre de la calle, desde luego, sigue indiferente su camino y no se le ocurre detenerse a meditar sobre estos problemas del ¿qué soy yo?; ¿dónde está mi espíritu?! ¿cómo se manifiesta su pujanza en mi interior? Esto es una preocupación de filósofos, que al ahondar en ella crea un tipo de intelectual descontento, agrio, desabrido o displicente, que cree que el decir que está sopor-tando angustias es un caso de elegancia. Pero la verdad es que decir hoy «me siento angustiado», es algo como el que se recrea diciendo: «Tengo una úlcera en el estómago», o está describiendo una tuberculosis pulmonar que le amenaza. No creo que sea motivo de vanidad y de superioridad enunciar y condolerse de una dolencia, pues, en fin de cuentas, ya he dicho antes que es una dolencia del espíritu esa de la angustia.

La angustia auténtica de la vacuidad presente, por incapacidad de angustiarse

Sin embargo, opino que hay un motivo para que experimentemos una angustia mucho peor que las inquietudes a que me he venido refiriendo. Es la que habríamos de experimentar al ver que hoy vastos sectores de la sociedad y sobre todo en la juventud que sube, se está manifestando una incapacidad para sentir la angustia, una insensibilidad, una atrofia del pensamiento y de los sentimientos, que hace llevar esta vida superficial, periférica, vacua, entregada a placeres a veces violentos en los que no se encuentra placer e incapaz de sentir otras emociones que la emoción un poco histérica que manifiestan a propósito de las competencias deportivas.

Recuerdo que un lunes, después de uno de esos partidos sonados de *fútbol*, encontré a un mi amigo en un estado de postración, de abatimiento alarmante. Le pregunté qué le pasaba. Levantó la cabeza y con mirada mortecina, como de hombre que se ahoga, exclamó: «¿Le parece poco?» — Yo no comprendía e insistí: «¿Pero qué es lo que le ocurre?». Contestó súbito: «¡Hombre, los cinco go-

les!...» El día de los cinco goles fué casi un día de luto local en Barcelona.

Esta sensibilidad para las cosas puramente superficiales se corresponde con una verdadera insensibilidad para sentir las verdaderas inquietudes por los hondos y numerosos problemas presentes, para sentir la angustia noble, justísima, que es la manifestación misma del alma en nosotros.

Así parece que hay que distinguir entre las angustias patológicas, a que me he venido refiriendo y esta otra angustia a la que se podría llamar angustia «constructiva», o angustia de «superación». Es la que sufre el inventor en los esfuerzos para hacer real y perfecto su invento; la angustia del investigador que agota sus nervios en sus investigaciones; la del intelectual auténtico, que no se sacia nunca en la posesión de los conocimientos y se siente empequeñecido por lo mucho que ignora. Es, en fin, la angustia del hombre que quiere subir en sociedad, en la expresión real de lo que un publicista poco conocido y ya olvidado, Arsenio Dumont, llamó «el principio de la capilaridad social»; el principio legítimo y noble que todos deberíamos sentir en la vida: el deseo de elevarnos en situación y bienestar. La falta de esta inquietud es la que yo creo que constituye el motivo para la angustia peor.

Tanto en el caso de las auténticas angustias patológicas como en la falta de capacidad para sentir la angustia (que también es una enfermedad, porque tanto es tener un órgano dañado como faltar a nuestro organismo un órgano sustancial, pues todo ello es consecuencia de un imperfecto desarrollo de la personalidad) sentimos la inquietud y la zozobra por causa de una insuficiencia o debilidad de nuestro espíritu; en aquel primer caso es un estado de desequilibrio anímico que algunas veces trae consigo desequilibrios mentales; en el otro caso, o sea el de la incapacidad para sentir la angustia, es la ausencia total del espíritu.

Ausencia
o insuficiencia
del espíritu y
necesidad de su
recuperación

Insuficiencia y ausencia son una misma cosa, no les separa más diferencia que de grado. Toda insuficiencia es una ausencia relativa. Por consiguiente el problema está en que si las angustias de cualquier clase que sean o la incapacidad para sentirlas obedecen a una insuficiencia o ausencia del espíritu, lo esencial y urgente es ver de recobrarlo. Por esto he puesto: «La recuperación del espíritu», como subtítulo de esta conferencia. Recuperar significa volver a tener algo que se ha perdido, algo que teníamos antes y que no tenemos en un momento dado. Que este problema de la recuperación del espíritu es realmente en donde está la clave del problema general de la angustia, lo comprobamos en que si he dicho antes que hablamos de un problema universal, también universalmente se busca el modo de recuperar el espíritu. Cuando Diógenes reclama la lámpara para

buscar el hombre, ¿qué clase de hombre busca? En realidad, busca el *espíritu* del hombre. En todas las religiones antiguas, en la moral de Confucio, en la mística de Lao Tse, en los extraños accesos de indúes y tibeanos, en la pretendida sabiduría del budismo, siempre se encuentra el afán de buscar el espíritu, cómo definir y formar el espíritu del hombre. Todas aquellas tentativas fracasaron. En la filosofía moderna, en libros recientes, Henri Miller, escribe sobre: «El hombre se busca». ¿Qué busca en sí mismo el hombre? Su espíritu. Creo recordar que en mi discurso del año pasado en esta misma tribuna, hablé de Lewis Mumfort y de un libro suyo que se titula «La recuperación del hombre», que trata no de la recuperación del hombre físico, sino también de la recuperación del espíritu del hombre. Asimismo este es el anhelo, el afán de los teóricos antiintelectualistas, de la intuición en sus diversas formas: Bergson, Spengler, Klages.

¿Se ocupó realmente de cómo buscar el espíritu, la *rencontre* de Ginebra, en donde se reunieron unos cuantos sabios de diversos países del mundo para tratar fundamentalmente del problema? Recuerdo, que Schumann habló de las causas políticas y sociales de la inquietud actual. Saussure se redujo a explicar el aspecto filosófico de la angustia. Miriea Eliade disertó acerca del simbolismo religioso y la valoración de la angustia, en su proyección en las religiones antiguas y en las perspectivas de otras civilizaciones arcaicas. Calogero habló de la vida moral de la angustia. En su conjunto nos presentaron un cuadro completo de lo que es la angustia; pero a mí me produce el efecto, leyendo aquellos informes, como si se tratase del diagnóstico de eminentes médicos que se han reunido y han estudiado la enfermedad del paciente, la dictaminan en todos sus puntos, precisan que ha de dolerle por aquí o por allá, afirman que empeorará dentro de un rato y sentencian que puede acabar malamente. Pero no dicen si se puede curar, por qué en cuanto al remedio, se desconoce. En la «recontre» de Ginebra, únicamente François Mauriac, después de disertar también largamente sobre todo lo que es la angustia y sus modalidades, apuntó al final lo que había dado como título de su discurso: «La victoria sobre la angustia» y dijo que había que abandonar lo relativo y volver a reconquistar las verdades metafísicas y místicas que forman el contenido que da sentido a una vida superior, apoyándolos en las máximas de la Religión.

Es verdad, porque nosotros, como cristianos, hemos de creer y creemos que sólo nuestra religión es la que acertó a definir el espíritu y a definir la vida espiritual del hombre. Y porque es así, por el acierto y la solidez de sus principios, basados en los más puros y elevados sentimientos, no hemos de olvidar que la religión cristiana ha influido todas las culturas occidentales aun las más agnósticas. Ahora bien; al catolicismo le falta mucho camino que recorrer, por-

que representa una minoría todavía ínfima ante el vasto mundo de los infieles. Por otra parte, la religión cristiana, hemos de reconocerlo, está amenazada de desviacionismo, porque en su propio seno ha de combatir la indiferencia; se nota una debilitación de los sentimientos religiosos, con propensión al formulismo externo, a la satisfacción de lo que se hace cara al público, pero olvidándonos de que las prácticas religiosas no son verdaderamente de este carácter, si no van acompañadas de un profundo conocimiento de nuestros deberes morales y el fervido deseo de cumplirlos; estar convencidos de que, por encima de todo, la religión cristiana no es simplemente una religión de formas y de apariencias, sino una religión de gran fondo moral y de lo que se trata, precisamente, es de vigorizar este sentimiento.

¡Se ha perdido el espíritu, se ha debilitado el espíritu! Cuando se pierde algo hay que buscarlo por donde se ha perdido. El espíritu es para nuestra vida anímica algo así como el gas que da la fuerza vital a un motor y cuando un motor se para, hay que averiguar si hay un escape del gas o que éste, por contacto con los recipientes o los tubos de conducción, se descompone, se corrompe y pierde su vitalidad. Yo creo que el caso del espíritu está en los dos: el espíritu nuestro se evapora, pero el espíritu del hombre también se corrompe por el contagio con algo. ¿Cómo se produce lo primero? Se evapora por un exceso de tecnicismo, porque nos hemos tecnificado demasiado. El hombre actual está ensoberbecido. ¿Qué no ha hecho el hombre? ¿Qué barrera no ha vencido la técnica ideada por el hombre? Al hombre le intrigaba conocer el fondo del mar y con la escafandra de buzo o el «batiscafo» del doctor Picard profundiza en su seno kilómetros y descubre los misterios submarinos. El hombre envidiaba a las aves en su vuelo y hoy las supera remontándose a alturas de vértigo. No hace mucho un hombre eminentísimo en la aviación alemana decía que no es un sueño el pensar que llegaremos a ponernos en comunicación con otros planetas y afirmaba, con la solvencia de un hombre científico, que ya en la actualidad se han realizado sondeos y experimentos con aparatos de precisión que han llegado a recorrer sesenta mil kilómetros. Añadía algo, que yo pongo en duda; decía que los americanos han hecho esos experimentos poniendo en los aparatos exploradores animales y los rusos poniendo hombres. El hombre ha conseguido con su técnica violar lo que nos parecían leyes físicas inmutables: franquea los obstáculos, la distancia y con la radiodifusión y la televisión, traen desde lejos el sonido y las imágenes a los locales más herméticos y más cerrados.

Todo esto, ¿qué significa? En el fondo representa una polarización de la inteligencia, que nos ha inducido a esa vida puramente periférica, externa, superficial, que se hace en detrimento, a expensas

Por donde
se nos escapa
el espíritu
o se corrompe

de la vida más íntima, profunda, que es la de las fuerzas psíquicas y morales, la de los altos y sinceros afectos; la vida de nuestro espíritu. Todas aquellas conquistas son conquistas de esfuerzo material, de fuerza física; lo otro es — como un día dijo en esta misma tribuna el profesor Risco — la voluntad de forma. Es la capacidad de forma, la forma interna del alma humana la que hace el modo de ser de los hombres, de las colectividades y de las instituciones de cada tiempo. Es el dominio de la forma según decía el ilustre conferenciante, lo que crea y da el valor a los sistemas, las escuelas y a los tipos de cultura; en una palabra, a la civilización. Ahora bien la formación del espíritu y el cultivo del espíritu no son cosas que dependan del desarrollo intelectual, de la capacidad de análisis y mucho menos de las técnicas mecánicas; no, cuando se forma una cultura, una civilización basada en ésto, simplemente en la inteligencia y en la técnica, entonces conduce a la autosuficiencia, al orgullo y al egoísmo de los hombres ensoberbecidos, que tienen todo lo contrario de lo que deben ser las virtudes sociales, las virtudes de la cohesión social.

¿Qué pasa al hombre cuando se encuentra que, pese a los avances técnicos tan prodigiosos, tropieza con ese obstáculo de esa incompetencia para penetrar en los secretos del propio espíritu, lo más esencial de su ser, su sustancia, de nuestro propio yo? Entonces, despechados y ensoberbecidos, los técnicos recurren en esa monstruosidad de lo que ahora apunta y se va extendiendo y que se llama la «Cibernética», que trata del funcionamiento de los servomecanismos. El hombre en su delirio, se propone igualar a Dios. Dios creó al hombre; pues el hombre va a crear otro hombre y se habla de hacer un «ser» mecánico tan perfecto que tendrá por ejemplo, un cerebro electrógeno maravilloso y moverá sus miembros con la precisión y la perfección de los mecanismos industriales. Un hombre mecánico perfecto, pero sin nervios, sin entendimiento, sin voluntad. Esta es la aspiración de lo que se llama, no sin énfasis, la «ciencia de la Cibernética». Y que en tal aspecto no es ciencia ni siquiera una pseudociencia. Pero esto no tiene un gran valor; indica solamente a qué extremos de ceguera llega el hombre tecnificado cuando se tiene que detener ante un obstáculo que significa el reconocimiento de su impotencia y quiere superarlo igualándose al Dios Creador. Lo que podrá hacerse es un curioso pelele mecánico, pero nunca será un hombre; será un juguete de automatismo perfecto, más no podrá ser jamás el ente racional que es el hombre. Si hoy lamentamos que nos estamos *deshumanizando* de distintos modos, ¿qué sería el día en que el mundo quedase poblado de unos seres puramente automáticos?

La solución del problema de la angustia, con la recuperación del espíritu, no puede venir, en manera alguna, por esos procedimientos

mecánicos ni por cualquier técnica materialista. Sólo podemos aspirar a ello atendiendo a que la cuestión es un complejo de valores, de implicaciones y relaciones efectivas, de cosas del corazón más que del mismo entendimiento.

Si por este camino de la tecnificación se nos escapa el gas del espíritu, he dicho también que el gas se corrompe a veces, se descompone al contacto de las sustancias que forman el envoltorio de los conductos por donde pasa o de los recipientes donde se aloja. De la misma manera se corrompe el espíritu. Para explicar esto tendría que acudir a la terminología de Piaget en su Epistemología y hablar de las formas de asimilación y de acomodación. Pero basta que diga para el caso que por la primera el espíritu se adapta de manera sensible y práctica a los elementos que le rodean. Por la segunda se conforma a los mismos. Cuando se vive en un ambiente como el actual de costumbres extravagantes, de superficialidad y hasta de gamberrismo, un ambiente mefítico, en fin, al que el espíritu se acomoda fácilmente, hay que buscar necesariamente, los resortes para superar este simple proceso de conformación y que sean capaces de provocar las reacciones indispensables para fortalecer y emancipar nuestra estructura interior.

¿Por dónde puede venir esa formación del espíritu y su fortalecimiento? ¿Quiénes son los que pueden corregir aquel estado de cosas? Hemos de pensar en primer término, en los intelectuales, los sabios, las élites del pensamiento, los hombres pilotos, los escogidos, que son capaces de despertar las fuerzas adormecidas de nuestra conciencia. Hay otros que piensan que esto hay que esperarlo de unos movimientos espontáneos, de los instintos, la intuición y los impulsos que marcan las acciones y reacciones de la masa.

Los dos caminos tienen sus peligros. Los sabios, los científicos suelen estar tocados por el afán de originalidad e incurren en la extravagancia; o bien se aferran con demasiada testarudez, con obcecación, a doctrinas y sistemas determinados. En cuanto a la masa, de ella ya decía Huddleston que es siempre irracional; está dominada por ideas ancestrales toscas, rudas, violentas, que se disimulan en la civilización, pero que vemos se manifiestan de una manera brutal, cruel e implacable en cuanto se presenta cualquier oportunidad. Las masas están dominadas por el resentimiento, por anhelos de venganza y por un inconformismo eterno. La solución está, posiblemente, en que el sabio se haga con aquella angustia constructiva de que hablaba antes, pero que esa angustia estimulante y constructiva vaya acompañada de una formación moral, de sentimientos afectivos; que el sabio no sea ese hombre enjuto de alma, de inteligencia despierta pero de sentimientos angustiados, un hombre frío que no vive más que para meditar y razonar; también ha de ser capaz de

¿Por dónde buscar el camino de la recuperación del espíritu?

sentir. En cuanto a la actuación sobre las masas, ha de ser una obra lenta, pero sostenida, perseverante, de educación para la modificación de sus ideas. El esfuerzo para levantar el espíritu debe ser un esfuerzo de todos.

Hoy se habla mucho de «un mundo mejor» y de que vamos a laborar para alcanzarlo; pero, ese mundo mejor parece que se concibe únicamente desde un punto de vista que yo diría fisiológico, o si quieren ustedes un término menos duro, del lado exclusivamente económico, ya que la economía, al fin y al cabo, representa en mucho la parte fisiológica del organismo social. Pero lo fisiológico en la vida social no es ni principio ni medio ni fin; en ella lo importante es la vida pensante y afectiva; esta es la que al hombre le da su privilegio de ser racional. Así que lo primero que hemos de hacer todos, es un examen de conciencia, que cada uno tenga el valor de reconocer en qué parte, por propia debilidad de su espíritu, se crea una angustia, que contribuye a la suma de estas angustias generales o universales. Ello ha de ser labor del filósofo, preocupación capital del sociólogo, inquietud del jurista, esfuerzo constante del pedagogo; pero, sobre todo, hay que corregir algo que hoy aparece fundamentalmente desviado, la tendencia de la literatura, ya que la literatura ejerce un influjo poderoso en las conciencias, porque son las producciones literarias las que más se leen.

Observen ustedes, desde luego, que la literatura actual está impregnada del sentimiento de angustia. Repasad, mentalmente las obras más conocidas: el libro de Hans Fallada. «Y ahora ¿qué?», «Los sue vivos», «Yo escogí la libertad», «El cero y el infinito», «El desertor», «La hora veinticinco», «Vinieron las lluvias». Estas y otras más que alargaría la cita de los libros más leídos. Todas son fundamentalmente angustiosas. Lo mismo ocurre en nuestra literatura nacional: la angustia está en las celebradas obras de Bartolomé Soler: Marcos Villarí, «La llanura muerta», «Pata palo», «Karu Kinka»; en la novela de Zunzunegui «Las ratas del barco», en «La Marea» de Gironella y en la tan celebrada «La familia de Pascual Duarte» de Camilo de Cela, en la cual llega a tonos de repugnante locura. Incluso en algunas obras de los humoristas hay un fondo de angustia, aunque se exponga en tono ligero y hasta jocoso. La literatura actual es angustiosa porque se inspira en las angustias individuales o colectivas. Pero, hay algo peor. Es la tendencia de una parte de la literatura actual, que califico (el calificativo es duro) de escatológica. Los insectos escatófilos son aquellos que dejan sus larvas en los lugares inmundos, en los establos, en los basureros. Hay realmente en la literatura de nuestros días como un placer en buscar los temas de la inspiración en las inmundicias sociales. Se dice que esto es naturalismo, que es verismo; ciertamente la naturaleza tiene

cosas muy feas, sucias e ingrata, pero no creo que sea precisamente un placer ni puede ser una recomendación el removerlas. (Muchos aplausos.)

Cuando miramos el problema de la angustia del lado nuestro, en España, nos sentimos bastante confortados. España se ha encontrado siempre, por su situación geográfica, un poco al margen de los graves problemas políticos que agitan Europa; lo cual no quiere decir que nosotros no hayamos debido de estar atentos a observarlos, aunque no entrásemos de lleno en los mismos. De esta manera, fuimos neutrales en las dos Grandes Guerras. Así España se encuentra también un poco en la periferia de ese movimiento internacional de la angustia; lo cual tampoco quiere decir que lo desconozcamos y que nosotros nos desentendamos del problema de la angustia. España no siente tanto este problema, primero por la condición temperamental de los mismos españoles. El español tiene una fortaleza de ánimo; tiene, sobre todo, sus creencias religiosas; por esto muchas angustias individuales nos pasan por alto. En cuanto a las angustias colectivas, tal vez porque las sufrimos en grado superlativo cuando vino, providencialmente, el Alzamiento Nacional, éste fué como un bautismo de sangre para redimirnos de culpa y liberarnos de todas aquellas pesadillas que nos angustiaban y que nos dió la oportunidad, también providencial, de poner la autoridad del Gobierno en manos de Franco, sabio, prudente, y previsor, que nos está liberando y nos ha liberado de las angustias coyunturales, de muchas angustias colectivas.

Los españoles
frente
a la angustia
universal

Esto no quiere decir, como repetí antes, que tengamos que despreocuparnos del problema. Cuando hay peste en todas las habitaciones de una casa, aunque la nuestra esté inmune, hemos de precavernos; cuando hay fuego en nuestro alrededor, no vivamos demasiado tranquilos, pues el fuego puede extenderse a nuestras propias propiedades. Vigilancia, por tanto y un deseo de todos para cooperar en ese movimiento de fortalecimiento del espíritu, creador de la intensidad del mismo, utilizando para ello todas las influencias activas. Para nosotros los cristianos esto no es un imposible, porque en la religión tenemos las bases para la auténtica recuperación del espíritu. Basta que sepamos extraer de sus esencias morales las reglas de nuestra conducta y tengamos voluntad de aplicarlas. Estos caminos seguros de la religión para la busca del espíritu son los únicos que pueden dar solución a este problema.

Todos los temas que se desarrollarán en las conferencias del curso que hoy inauguramos tendrán, expreso o latente, el problema de la angustia, pero espero que los conferenciantes lo tratarán en este sentido optimista que he querido dar a este discurso de hoy, como lo hizo ya ayer un notable conferenciante — Corts Grau — en la

magnífica disertación que pronunció en esta misma tribuna, pues si el tema de la angustia estaba implícito en todas sus frases y en sus conceptos, sus palabras nos daban la esperanza de su superación. He dicho. Muchos aplausos.

Habla el señor Ministro. — Queda inaugurado el curso académico 1953-1954 en el Ateneo de Barcelona.



MINISTERIO
DE CULTURA



MINISTERIO
DE CULTURA



MINISTERIO
DE CULTURA



MINISTERIO
DE CULTURA





MINISTERIO
DE CULTURA

